

LA REBELIÓN FELICISTA CONTRA EL GOBIERNO DE CARRANZA

LA FANTÁSTICA AVENTURA DEL GENERAL FÉLIX DÍAZ
La fracasada rebelión de 1916

EN NUEVA ORLEÁNS FUE FRAGUADA LA CONSPIRACIÓN
Los grupos desterrados se fijaron en la rebelión contra el señor Carranza

LA EXPEDICIÓN SALIÓ A MÉXICO EN UNA VIEJA LANCHA
El general, disfrazado de marinero, pudo burlar la vigilancia
de que era objeto y se dirigió a costas mexicanas

Unas cuantas horas antes de salir de San Antonio para regresar a la Ciudad de México, una persona que me era desconocida puso en mis manos un manuscrito, indicándome que, conociendo mis afecciones históricas, deseaba en caso de que tuviese algún interés, fuese publicado en los *Periódicos Lozano*. Al llegar a la Ciudad de México, supe que la persona que firmaba el manuscrito había sido actor en el relato que hacía. El autor de la narración pidióme sin embargo, que me abstudiese de nombrarlo por la posición que, tengo entendido, ocupa. La veracidad de los hechos he podido confirmarla con algunas personas que estuvieron conectadas, en la época que se menciona, con el general Félix Díaz. Como en el manuscrito aparecían algunos puntos oscuros, he acudido a algunos amigos para que hicieran luz en ellos; así como

Las rupturas en el constitucionalismo

también he tenido a la mano los interesantes reportazgos publicados en 1916 en el *Diario de la Marina*, de La Habana. El siguiente es el primer capítulo de la fantástica aventura que corrió el señor general Díaz, y que he considerado que amerita un recuerdo de lo que sobre el particular me refirió hace años el general don Pablo González y que fue ya publicado en los *Periódicos Lozano*.

CAPÍTULO I

¿Tuvo don Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y encargado del Poder Ejecutivo de la Nación, un acto de magnanimidad al conceder la vida al general don Félix Díaz, cuando éste estuvo preso en la penitenciaría de la ciudad de Monterrey en 1916?

Tal es la pregunta que se desprende de lo que hace varios años me refirió el general don Pablo González, cuando haciendo mención de cómo había sido capturado y llevado a un consejo de guerra el general Félix Díaz, no solamente se le absolvió, sino que se le permitió marchar al estado de Oaxaca a ponerse al frente de un fuerte núcleo de partidarios armados.

Habiendo preguntado al general González durante una de mis visitas a San Antonio, si él había tenido conocimiento de que el general Félix Díaz, haciéndose llamar Francisco Sánchez, había sido prisionero del cuartel general del Cuerpo del Ejército del Noreste, don Pablo contestó, y así fue publicado en los *Periódicos Lozano*, que sí había tenido conocimiento de tal hecho y que, como general en jefe, había dispuesto que el llamado Francisco Sánchez fuese absuelto por el consejo de guerra de lo juzgó.

Las noticias que tenía sobre la fantástica aventura del general Díaz eran entonces muy vagas. Sin embargo, la respuesta del general González fue categórica. El cuartel general, no obstante la astucia de don Félix, no había sido engañado por éste, aseguróme don Pablo.

Ahora, en posesión de una amplísima información sobre ese novelesco capítulo de la vida de don Félix, surge la duda de que si el general González pudo tener conocimiento de que Francisco Sánchez era Félix Díaz o si este conocimiento lo tuvo después de que don Félix había sido absuelto por el consejo de guerra. Surge también la interrogación de si don Pablo puso al Primer Jefe al corriente de la captura de Díaz o si obró por su cuenta propia al conceder la libertad al prisionero.

José C. Valadés

Encontrándome, como he dicho en la nota aclaratoria que antecede a este capítulo, ya en los momentos de abandonar la ciudad de San Antonio, me fue imposible aclarar este hecho cerca del señor general González, quien si como militar cometió gravísimos errores, en cambio como político se significó como tipo caballeroso, lo que sirvió para que sus enemigos obrasen alevosamente haciéndole víctima de las más infames calumnias.

* * *

El territorio de los Estados Unidos era en el año de 1916 el más vasto campo para los conspiradores mexicanos. Ciertamente lo había sido desde antes de la revolución de 1910; pero en el año citado, todos los exiliados políticos pertenecientes a las facciones que más se habían significado por sus rivalidades dentro de México, parecían unidos y dispuestos a llevar a cabo una ofensiva contra el régimen carrancista.

Es esa época, quizás la más interesante para quienes más tarde se ocupen de reseñar las actividades mexicanas políticas y revolucionarias en los Estados Unidos. Casi todos los mexicanos residentes en los Estados Unidos habían tomado partido; la mayoría no podía ocultar su enemistad al gobierno del señor Carranza que se había significado por su crueldad y su desorden. Sin embargo, era una minoría de residentes mexicanos en territorio norteamericano los que ocupaban una posición militante.

Hombres que habían figurado en los regímenes porfirista, maderista, huerista y villista, trabajaban incansablemente en el derrocamiento del gobierno presidido por el señor Carranza. Lo principal para los conspiradores, según se ve a través de los numerosos manifiestos expedidos en la época, así como de las reuniones que efectuaban tanto en Nueva York, como en Los Ángeles, San Antonio, El Paso, era encontrar al jefe del movimiento anticarrancista.

EN BUSCA DE UN CAUDILLO

El general Francisco Villa estaba en el ocaso de su vida guerrera, incluso sus mismos admiradores estimaban casi imposible la readquisición del poderío militar que había tenido. No existiendo, pues, esperanzas en el futuro de Villa, había que buscar un nuevo jefe.

Las rupturas en el constitucionalismo

Eran los hombres más indicados para tomar la jefatura de la rebelión anticarrancista, y así se desprende tanto de la correspondencia de varios y prominentes políticos mexicanos, como de las informaciones periodísticas, los generales Felipe Ángeles, Antonio I. Villarreal, Juan G. Cabral, Félix Díaz y José María Maytorena.

Si no contando con las simpatías de todos los grupos de exiliados debido a las conexiones que había tenido con los trágicos sucesos de febrero de 1913, el general Díaz sí contaba con el apoyo moral y económico de personas que representaban, en su mayoría al régimen porfirista.

Don Félix, sin ser un militar de éxitos guerreros, sí estaba reconocido como un hombre valiente, tenaz, atrayente, caballeroso. Residía a la sazón en Nueva Orleans, aparentemente retirado de la vida pública. Sin embargo, era el jefe de una gran conspiración y el llamado a encabezar un serio movimiento anticarrancista.

Las actividades de los amigos del general Díaz no eran desconocidas por el gobierno del general Carranza. Éste había tendido una red de espías sobre las principales ciudades norteamericanas. Centros de espionaje eran los consulados. Eran ciertamente penosas las actividades a las que estaban destinados los cónsules de México. Mientras que los consulados olvidaban todos los trascendentales problemas de los millares de mexicanos residentes en los Estados Unidos, en cambio no descuidaban de seguir los pasos de los exiliados políticos siempre con resultados estériles; tan estériles que todas las expediciones organizadas en los Estados Unidos pudieron llegar a salvo a México.

No escapaba, por supuesto, el general Félix Díaz al espionaje del consulado mexicano en Nueva Orleans. Los pasos del general y de sus amigos eran seguidos día y noche. Para ello se emplearon hasta los servicios de las agencias de policía privada norteamericana.

BURLANDO LA VIGILANCIA CONSULAR

Refieren los amigos de don Félix que éste, para despistar a la policía, se había entregado al deporte. Pasaba horas enteras en la playa, donde conferenciaba con sus amigos y donde se entendía lo mismo con los agentes vendedores de pertrechos de guerra que con los armadores que estaban dispuestos a facilitarle un barco.

Además, con aquella vida en la playa, quería don Félix desfigurar un tanto su físico, puesto que sabiendo que las costas de Tamaulipas y Veracruz estaban muy vigiladas por los soldados carrancistas, en caso de un fracaso podría tener la ventaja de no ser conocido.

Residía el general Díaz en Nueva Orleans en la calle Octavia. A la casa sólo llamaban contadas personas para no despertar las sospechas de los encargados de la vigilancia consular.

La noche del 6 de febrero de 1916, como de costumbre, salió el general Díaz de su residencia acompañado de su fiel asistente. Se encaminó hacia la playa como si tratara de hacer su habitual paseo nocturno, y cuando se dio cuenta de que sus pasos no eran seguidos, se dirigió a la estación del ferrocarril. Antes, en la casa de un amigo, había mudado de traje de tal manera que al llegar a la estación ferrocarrilera difícilmente podía ser reconocido.

Modestamente tomó pasaje en un carro de primera para Houston, a donde llegó al siguiente día, satisfecho de que nadie lo hubiese reconocido ni seguidole los pasos. Al desembarcar en la estación del Southern Pacific, cinco amigos lo esperaban. Eran éstos unos de los cuantos individuos que tenían noticia de lo que se proyectaba. Entre ellos figuraban dos conocidos abogados mexicanos.

En Houston el general Díaz ultimó los planes para la expedición a México. Allí recibió magníficas noticias. Un enviado de los rebeldes felicistas que operaban en el estado de Oaxaca le hizo saber que era esperado ansiosamente; que la mayoría de los oaxaqueños estaba sobre las armas; que el estado vivía fuera de los mandatos del régimen carrancista; que sólo se esperaba la llegada del jefe para iniciar una seria ofensiva y avanzar sobre el estado de Puebla.

No fueron éstos los únicos agradables informes que recibió el general Díaz. Los amigos que le habían esperado en Houston le hicieron saber que los pertrechos de guerra que habían sido adquiridos en los Estados Unidos estaban ya depositados en la casa comercial de Galveston y listos para ser embarcados.

DIFICULTADES EN GALVESTON

Un yate de ligero andar, alquilado a una agencia marítima de Nueva Orleans y que sería debidamente armado para evitar cualquier sorpresa de la flotilla

Las rupturas en el constitucionalismo

carrancista estaba atracado en uno de los muelles de Galveston, listo a conducir a México a los expedicionarios.

Lo único que restaba era hacer el embarque de los pertrechos de guerra y de los expedicionarios con todo género de precauciones para burlar la vigilancia de los agentes carrancistas que no parecían ser ajenos a la noticia de que el general Díaz pretendía encabezar una expedición a México.

En estas condiciones, el general Díaz se trasladó a Galveston, donde apenas llegado, supo que el yate contratado había abandonado misteriosamente el puerto. Creyó don Félix que el gobierno del señor Carranza se había enterado de todos los planes y que había sido el causante de la actitud de la casa armadora de Nueva Orleáns al ordenar el retiro de la embarcación.

Sin embargo, a poco se supo que la casa armadora había obrado por su propia cuenta, temiendo demasiada aventura la empresa y por lo tanto, estimando que su embarcación no regresaría a salvo a su punto de partida.

El incidente no podía menos que contrariar todos los planes del general, ya que al emprender una nueva negociación con alguna otra casa armadora, estaba más expuesto que nunca a que sus proyectos se hiciesen públicos o cuando menos más conocidos al gobierno carrancista. Para no tener que retroceder a Nueva Orleáns, el general Díaz, por conducto de sus amigos, trató de no alquilar, sino de comprar una buena embarcación en Galveston.

Mas todas las embarcaciones que parecían estar debidamente acondicionadas para el caso, no estaban al alcance económico de los conspiradores. Sin embargo, el general Díaz estaba dispuesto lo mismo a jugarse la vida en los campos de batalla que en el mar.

Un viejo marino de Galveston ofreció entonces a los amigos del general Díaz, sin saber con qué fines iba a ser destinada, una lancha pesquera. Se trataba de una pequeña y vieja embarcación en la que difícilmente podían tener acomodo unas ocho personas y en la que no sería posible conducir los pertrechos de guerra con que se contaba.

Sabiendo todo lo aventurado que resultaba la empresa, pero dispuesto a cumplir con sus amigos, el general Díaz no titubeó y dispuso que la lancha pesquera fuese comprada. Para evitar que los espías mexicanos se diesen cuenta de los preparativos, noche a noche eran conducidos a la goleta los pertrechos de guerra. Seguidamente, la embarcación se hacía a la mar, como si continuase destinada a la pesca.

RUMBO A MÉXICO

Así las cosas, en la madrugada del 18 de febrero de 1916, el general Díaz se embarcó en la lancha. Quien le hubiese visto no hubiese distinguido en él al político mexicano. Era aquel hombre toda la caracterización de un lobo de mar. Había dejado crecer la barba; usaba una gran pipa; tenía el rostro curtido por el sol.

También disfrazados como el general iban los acompañantes de éste, figuraban entre los expedicionarios un enviado de los rebeldes oaxaqueños, un abogado, el fiel asistente de don Félix y tres tripulantes de la embarcación cuya lealtad había sido probada en otras ocasiones.

A las ocho de la mañana la goleta salía de la bahía de Galveston. Nada sospechoso había sido visto en sus movimientos. Parecía que iba como de costumbre, en busca de un buen día de pesca. Don Félix podía satisfecho de haber burlado el espionaje carrancista.

Ya en altamar, la proa fue puesta hacia el sur, hacia playas mexicanas. Entonces hubo una pequeña ceremonia: en el asta de la lancha fue izada la bandera tricolor y el nombre de aquella fue cambiada. A partir de ese día se llamaba *La Providencia*.

Doce días después de que el general Díaz había abandonado la ciudad de Nueva Orleans, su ausencia fue notada por la policía mexicana.

¿A dónde se había ido el general Díaz? ¿Cómo había logrado burlar la vigilancia de los hombres del consulado?

He aquí las preguntas los espías carrancistas, mientras que *La Providencia*, seguía navegando a paso lento hacia el sur.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio Texas, domingo 6 de junio de 1937, año xxv, núm. 114, pp. 1, 7; segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 6 de junio de 1937, año xi, núm. 264, pp. 1-2.